

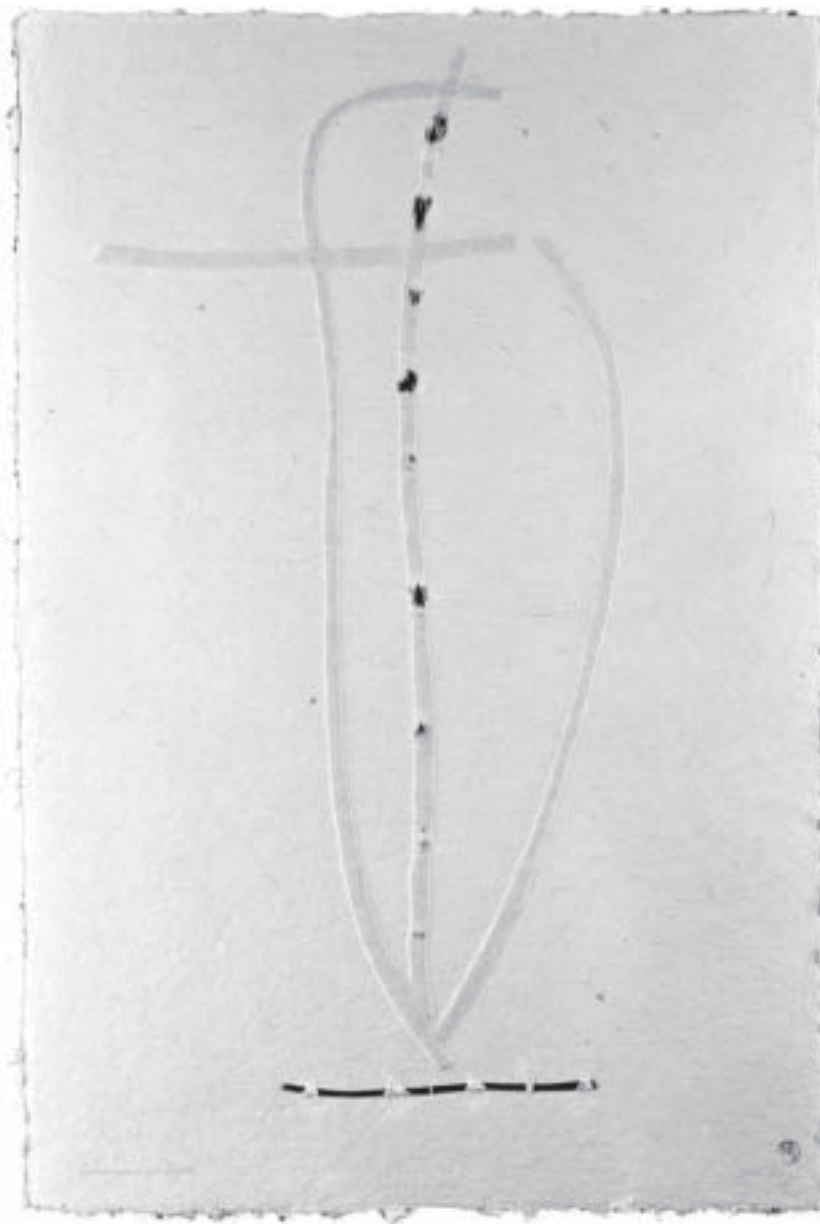
El *hobby* de Job

Víctor Hugo Piña Williams

NO, NO ES PIE DE CONSEJA antigua a lo moderno ni caminito de contar que Job –¡sob, sob!, ¡snif!– tuvo, perdió y retuvo, y se formó reputación milenaria de hombre de carácter cedente y de espíritu colmado de lágrimas pero juntamente de pañuelos. No, no es mi cuento de Job jabonoso todo de llanto a Dios. No es mi paródica parábola de ese Job llovido a espuertas y rilándose de tanta ventolera como envía el Señor, y entero ese Job surcado de muchas penas, y enojado, aunque de hinojos. Y al cabo aflojando la aflicción.

Hagamos incluso el supuesto de que cupiera en las paredes de esta columna un Job sin leyenda ni hagiografía –ni libre recreación sembrada de sorna como sarna–; un Job refundido en un hombre primeval y cabeza de familia y sostenedor muy mirado de su hacienda. Con las resultas de que sin tener ninguna fe que no fuera la lícita fetén de los hechos como son sin remedio, Job observa un buen día malo que una diestra siniestra comienza, invisible pero palpablemente, a darse al recreo de esquilmarle el fruto y sostén de su hacienda, lo mismo que a fruñirle digamos las entrañas omitiéndole uno a uno los hijos.

JUAN MANUEL DE LA ROSA



Al hilo de tan crudos acontecimientos y todo lo más –y todo lo menos– arrebujaado en su propia postración (pues él mismo se tenía insufriblemente llago a causa de tozudo y cudente serpigo que lo maceraba en sobrenatural y malísima sustancia), Job había especulado acerca de la necesidad de coger el camino de la fe y así abrir vía de conversación con la Divinidad y saber qué era todo aquello y ver de arreglarlo.

Ocurrió entonces que, todavía reservándose por si acaso un plan plañidero pero inundado el corazón en llantinas neutras, Job tomó el partido de ofrecerse, al proviso y de improviso, junto con los suyos y lo suyo en holocausto a Dios. Golpe de mano ante Mano tan ciegamente aciaga –reflexionó–. Fue en ese momento que, haciéndose de la vista gorda ante ese ardid y valiendo más lo que iba en ello de obediencia, Dios tentó a Satanás con la visión de la figura mansa, conforme e incorruptible (moralmente dicho, pues su cuerpo supuraba apurosito icor corrupto) del otrora descreído Job volviéndose a creencia.

Y bien, para ser un supuesto ya andamos muy apartados del camino. Lo que se quería aclarar es que no vengo otra vez con el cuento de Job. Este nombre rotula las presentes líneas sólo porque ellas se entretienen un párrafo en hablar de esa inabarcable actividad del llanto, la queja, el sufrimiento. Solamente porque el título hace la ocasión de merodear un poco por los terrenos de una de las mitades (pues pasan de dos) que componen el universo humano: el llorar. El padecer frente al gozar. Pero

con especialidad aquello que se entremete entre ambos extremos, dominándolos. Esto es, el sufrir y aguantar guango y duro, duro y guango al parejo. Con amenidad y lenidad.

La conjetura es dónde se esconde el punto de combinación del llanto y la sedación del paliativo, e incluso la alacridad de la resignación sin causa. Y dónde se oculta todo el misterio del llanto, esa secreción de los secretos del cuerpo alma y del cuerpo cuerpo. ¿Cómo clasificar tanta llorera si todo siempre llama a llanto y a no llorar ya más? Hay que hablar del bisqueo viscoso de la lágrima cuajarona del perdido de dolor. Como hay que hablar también del llanto llenero del deudo; y de la quejumbre del roto y acabado. Pero igualmente del zollipo de la doncella copulante; y del estallido lloroso rioso de los que se vuelven a encontrar; y hasta del lagrimeo de aquel que llora no de grima sino de gripe.

Más importa, sin embargo, examinar esa filia y fobia de llorar. Ese *hobby* de Job. Como quiera que la especie es tan pedernalina como lamentánea de sentimientos, más nos incumbe saber cómo nace de allí toda la vulneración y vulnerabilidad del llorar, el prestigio y el oprobio de las lágrimas (verbigracia, un ejercicio perverso puede ser ponerse a imaginar cómo lloran a solas nuestros amigos y enemigos). Y saber, y obligarnos a costumbre –un *hobby* es–, que la yunta del llanto pesa cosa de risa. •

VÍCTOR HUGO PIÑA WILLIAMS es poeta, ensayista y editor.

Publicado en noviembre de 1991.